

CAPITULO IV.

Continuacion del mismo asunto.

« ¡ Dichoso siglo, feliz república en que
» la paternidad es el primer deber del ciuda-
» dano! »

Lib. II, cap. I, p. 209.

Esa exclamacion filantrópica de Filangieri nos induce á examinar la verdadera cuestion sobre esta materia; de la que no tenian idea alguna los economistas del último siglo.

¿ Es favorable á la dicha á la perfeccion física y moral de la especie humana que se aumente indefinidamente la poblacion ?

Para resolver esta cuestion es preciso partir de algunos datos reconocidos por incontestables.

Es cierto que la poblacion propende

á aumentarse : su acrecentamiento puede retardarse ó favorecerse por las circunstancias; pero cuando algunas calamidades extraordinarias, ó un gobierno enteramente insensato no despoblan á una nacion, se verifica siempre y en cualquier tiempo el aumento de los habitantes de ella. Este periodo es bastante corto. En América, en donde los hombres no están como aprensados los unos sobre los otros por los estrechos límites que ocupan, sino que aun pueden extenderse en libertad en inmensos desiertos, aquel tiempo es de diez á quince años; en otras partes es de veinte; en Francia de veinte y cinco; y si tomamos por regla general este último tipo podremos asegurar que no se adopta un término demasiado reducido.

Ahora bien, ¿ es dable esperar que aumenten los medios de subsistencia en razon de este acrecentamiento de poblacion ?

Aquí debemos desentendernos de una respuesta que parece plausible y que sin embargo no es mas que especiosa, puesto que no hace otra cosa sino emplazar la verdadera dificultad.

Existen en nuestro globo muchas tierras incultas, y los países mas cultivados no lo son hasta el punto que pudieran serlo. Luego la poblacion puede acrecentarse sin inconveniente hasta que todo el suelo poseido por la especie humana, y ademas aquel de que puede ella apoderarse se halla fertilizado.

Pero, en primer lugar, el hombre desmonta las tierras con menos rapidez que multiplica. En las inmediaciones de las tierras incultas no es en donde se verifica la mayor multiplicacion de la especie. Es imposible vencer los obstáculos y allanar las distancias de un modo capaz de mantener una exacta proporcion entre el aumento de la poblacion y la cantidad de las tierras cultivadas.

En segundo lugar, el recurso que parece prometernos el cultivo de los terrenos incultos, no es mas que un remedio momentáneo. Debe venir el tiempo, y si la multiplicacion de nuestra especie se verifica siempre en una progresion acelerada, el tiempo vendrá muy luego, en que el producto del terreno que suministra al mantenimiento de la especie humana llegue al mas alto grado que pueda concebir nuestra imaginacion. No cesando el hombre de multiplicar, esta época, esperanza grata ó ideal de la civilizacion y de la agricultura, se reemplazará inmediatamente por una desproporcion, siempre en aumento, entre la poblacion y los medios de subsistencia.

Mis lectores conocerán fácilmente que en esta exposicion de una dificultad muy grave, lanzado inopinadamente por entre todos los sistemas de poblacion, en cuyo favor han declamado siempre nuestros filósofos, yo no he hecho otra cosa

mas sino reunir las ideas fundamentales de un célebre Ingles, ideas de una evidencia irresistible en su libro, porque se hallan acompañadas de todas las aclaraciones y hechos que los límites de este comentario me han obligado á suprimir.

Presentando asi, sucintamente, algunas de las observaciones de M. Malthus y las consecuencias que saca de ellas, no ha podido moverme ningun sentimiento de parcialidad. En la serie de esa obra se verá que conviniendo con él en el principio, porque es imposible negarlo, tengo poca confianza en los remedios que él propone. Los que de entre ellos son suaves me parecen poco eficaces; los que prometen mas eficacia son dificiles en la egecucion, y sobre todo gravosos; y yo no gusto de que los hombres lleguen al bien por en medio del mal: esta es una operacion complicada que solo la Providencia puede encargarse de ella.

Pero si está demostrado que el acre-

centamiento indefinido de la poblacion debe producir una desproporcion onerosa entre los medios de subsistencia y esa misma poblacion, ¿á que conducen los votos y las exortaciones de nuestros filósofos? ¿Que sucederia si se cumpliesen aquellos? ¿Si la especie humana se mostrase sensible á sus exortaciones? Que alcanzariamos, un poco antes, la época en que no se restableceria el equilibrio entre las necesidades y las demandas, sino con la lenta agonía y la muerte dolorosa de lo superfluo de los demandadores; época en que, estando cultivadas todas las tierras y produciendo cuanto podian producir, el excedente de la poblacion solicitaria en vano su fecundidad; una época en que estando igualmente sobrecargados de poblacion todos los paises, serian paliativos ilusorios la emigracion, y colonizacion; época en fin en que, armando la desnudez y la hambre á los no propietarios que serian

innumerables, contra los propietarios en imperceptible minoría, vendrían á ser insuficientes las leyes en favor de la propiedad, y perecería la sociedad, bajo el peso mismo de la devoradora población, cuya imprudente multiplicación hubiera fomentado.

Cuando Filangieri, por consecuencia de aquella costumbre que se tenía, hace sesenta años, de admirar los países mas miserables y los mas tiránicos gobiernos, con tal que se hallasen separados por el tiempo ó la distancia, alaba á los Chinos por que entre ellos se emplea todo el terreno para proveer á su subsistencia, porque el arroz cubre toda la superficie del imperio, por que los rios contienen las habitaciones flotantes de los hombres, á fin de que la porción de tierra que ocuparian las casas, se dedique á la agricultura; no reflexiona que en un estado en que se emplease toda la tierra en suministrar lo necesario á la subsistencia del hombre

y en el que por consecuencia, no podría aumentarse en nada su producto, una sola generación mayor en número, al que hubiera quedado vacante por la muerte de la precedente, alteraría toda la economía de la sociedad. El niño que naciese entonces sería condenado á morir de hambre; y el celibato que hubiera cumplido casándose, uno de los primeros deberes del ciudadano, vería en premio del cumplimiento de aquel deber, espirar de miseria á su familia. Extravagante ceguedad del espíritu de sistema! ¡Extraño efecto de los axiomas adoptados por la mera palabra! ¡La China en la que Filangieri nos cita por modelo en cuanto á la población; la China que, por los resultados diarios de su superabundante población, sería mas bien adecuada para ilustrarnos sobre los peligros de una población excesiva! Aquel imperio en donde millares de desgraciados son víctimas de hambres

espantosas; en donde los pobres se ven obligados á precipitar en los rios los niños que no pueden alimentar; y si sobre ellos han establecido sus habitaciones flotantes, se diria que era con la idea de estar mas cerca del abismo que debe sumergir á unos seres miserables, á quienes no han dado la vida sino para darles al punto la muerte.

Mas Filangieri escribia en un tiempo en que instados nuestros filósofos por la necesidad de censurar las instituciones europeas, lo que estoy muy lejos de justificar, hallaban mas facil y seguro atacarlas por medio de comparaciones indirectas, y para que fuesen mas interesantes y concluyentes buscaban motivos de elogio en paises lejanos. Poco importaba á Filangieri que gobernada la China por el bambú ofreciese, mas que ninguno otro pueblo, el vergonzoso espectáculo de la degradacion de la especie humana; como importaba poco á

Mably que Esparta fuera precisamente lo opuesto de un estado libre, tal como lo conciben los modernos; y como en fin importaba poco á Voltaire que egerciesen los bramias sobre el Indostan un influjo teocrático que paralizaba todas las facultades del hombre. El uno exageraba la China, el otro Lacedemonia y el tercero á la India, asi como Tácito indignado contra sus compatriotas envilecidos escribia su novela sobre la Germania.

La equidad reclama una excepcion en favor de Montesquieu. El saber no podria jamas doblarse mucho tiempo ó completamente á las preocupaciones ó miras de un partido; y en una de sus frases concisas y enérgicas, el autor del *Espiritu de las leyes* ha marcado á la China con el sello de la desaprobacion justa y severamente.

Confesaré, sin embargo, que es mas razonable la conclusion del capítulo de Filangieri que lo que debiera esperarse

de su principio. Quitense los obstáculos, dice, y prescindase del estímulo ó fomento; que no dé nada la autoridad, pero que no cercene nada; y como dice Plinio, que no alimente, pero que no mate, y brotarán por todas partes los niños. En efecto esta es la verdad que debe servir de regla á los gobiernos en lo concerniente á poblacion, y llegará muy luego al mas alto punto que debe llegar, si quieren respetar los medios que la naturaleza ha dado al hombre para hacer vivir á su familia. Serán inútiles las injurias contra los celibatos, cuando hallándose asegurada la libertad de industria, y pudiendo cada uno emplear, sin trabas, sus facultadas en su mayor ventaja, no ofrezca el casamiento, á la clase laboriosa el riesgo de ver aumentarse sus obligaciones con la perspectiva de disminuir sus medios, viniendo á ser de este modo inevitable su ruina.

CAPITULO V.

Del sistema de M. Malthus relativo á la poblacion.

« ¿ Cuales son las trabas que impiden los
» progresos de la poblacion y cuales son los
» medios que deben emplearse para alejarlas
» ó destruirlas? »

Lib. II, cap. II, p. 224.

He dicho en el capítulo precedente que presentando el sistema de M. Malthus sobre poblacion, no habia podido moverme ningun sentimiento de parcialidad. Este sistema me repugna mas bien que me agrada; y cuando me determiné á examinarlo con cuidado, para juzgarlo con conocimiento de causa, me acerqué á el con un penoso esfuerzo, cual si fuera preciso entregarme á una dolorosa operacion, ó fijar mucho tiem-